

The background of the cover is a deep blue color. Overlaid on this are several stylized, abstract line drawings of human faces in a reddish-brown hue. The faces are composed of simple, flowing lines that define the outlines of heads, eyes, and mouths. Some faces are partially visible, while others are more complete. The overall style is reminiscent of mid-century modern graphic design or folk art.

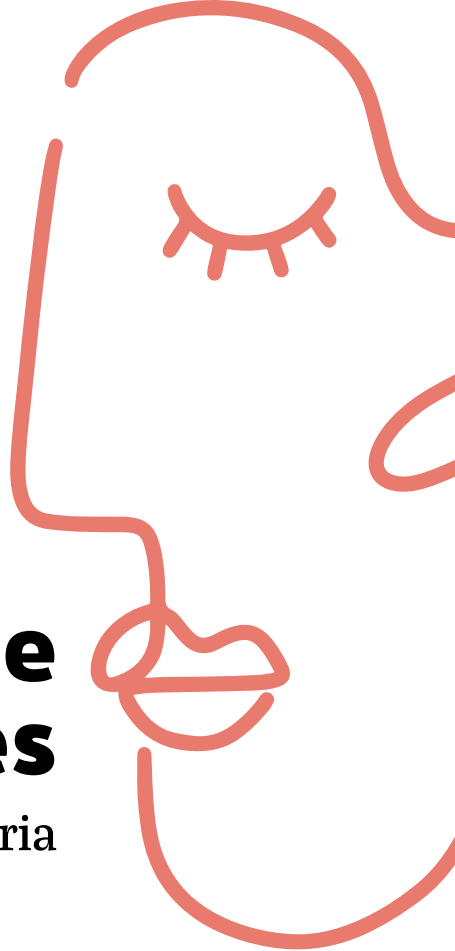
Mosaico de Mujeres

Antología literaria

Gina Ardila | Tania Capera | Cristina Delgado | Jazmín Díaz | Nathalia
Gómez | Ilichna Manga | Luna Martínez | Nathalia Ramírez | Carina
Romero | Diana Socha Hernández | Juliana Vargas | Angie Velasco

Mosaico de Mujeres

Antología literaria



Mosaico de Mujeres

antología literaria

ISBN: 978-628-95606-9-5

© de los textos:

Autoras:

Gina Ardila

Tania Capera

Cristina Delgado

Jazmín Díaz

Nathalia Gómez

Ilichna Manga

Luna Martínez

Nathalia Ramírez

Carina Romero

Diana Socha Hernández

Juliana Vargas

Angie Velasco

Equipo que diseñó y realizó los talleres de escrituras creativas:

Daniela Alejandra Lamilla Cabrera

Sofía Lareo

Sara Lucía Rodríguez Parada

Reservados todos los derechos.

Esta publicación es apoyada por la Casa de la Mujer en el marco de los talleres escrituras creativas para mujeres, los cuales se realizan desde el 2020, en el marco del programa de prácticas y pasantías de la Casa de la Mujer. La distribución y reproducción total o parcial queda permitida y abierta en cualquier formato, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se haga el reconocimiento a las autoras y a la Casa de la Mujer. Los casos a excepción serán aquellos que tengan ánimo de lucro.

Diseño y diagramación

Tonal | Ideas

Producción editorial y coordinación técnica

Casa de la Mujer

Carrera 35 #53A -86

3108712177

proyectos@casmujer.com

Indice

Prólogo	1
POESÍA	4
Torna-Sol Gina Ardila	5
Andares Amapola Velasco	6
A la Memoria Viva Entropía	8
Flor Diana Socha Hernández	9
Recuerdos de la Abuela Cristina Delgado	10
Devaneo nocturno Amapola Velasco	11
Memoria Amaranta	14
Sauce llorón Cristina Delgado	16
Camino Entropía	17

LÚDICA	19
Peso Angie Velasco	20
Carta a Thomitas Diana Socha Hernández	21
Observación Jazmín Andrea.	24
Eli y las pendejadas Carina Romero	26
Estudio de pintura Ilichtna	27
Caída fortuita Luna Martínez	30

PROSA **32**

Atrás **33**

Angie Velasco

TE-NOS-ME **34**

Luna Martínez

Primavera **35**

Nathalia Gomez

Hamburguesas y bizcochos **46**

Luna Díaz

Amé **48**

Amaranta

Volteretas **50**

Ilichtna

Prólogo

Aparentemente hay pocos espacios en el mundo que posibiliten el detenerse a escribir; más pocos aún aquellos en los que se escriba libre de egos y pretensiones. Pero hay muchos menos lugares en los que mujeres, a cargo de sí mismas y de otros, puedan hacerlo.

Escribí “aparentemente” porque creo que debemos pensar en la escritura como un acto que puede prescindir de toda la mitología que rodea la escritura: un cuarto silencioso, un escritorio y una máquina (papel, tinta, pluma), un hombre ocioso.

Sobre todo, nosotras. Nosotras sin la vida hecha, que sostenemos nuestra existencia en el trabajo diario; que aprendimos ingeniería o arquitectura, y que también aprendimos a amamantar, parir y criar... criar sin parir también. Nosotras que, en medio de los trastes, el transporte público, los informes laborales, el desgaste del amor y sus tareas; queremos escribir.

Reconociendo la necesidad de estos espacios y el deseo feminista de expresar por medio de palabras aquello que nos ha sido silenciado, la Casa de la Mujer ha implementado Talleres de Escrituras Creativas, desde el 2020, en los cuales profesionales de la organización, con el acompañamiento de literatas de diferentes universidades de Bogotá, han consolidado espacios de diálogo, reflexión y aprendizaje con mujeres de la ciudad.

Estos talleres han permitido que distintas mujeres, desde diversos lugares de enunciación, se encuentren para hacer de la literatura una extensión de sí mismas, para narrarse, sentirse, recordarse, luchar y cuestionarse; por medio de la literatura nos detenemos, nos damos un tiempo —unos minutos, unos segundos— para posicionarnos, le damos protagonismo a nuestras voces y nos escuchamos, nos permitimos encontrarnos con las voces, las risas, el llanto y la ira propios y de otras; nos apropiamos del derecho a escribir sobre nosotras mismas, de hacernos sujetas textuales y de reconocer a otras mujeres que también le han apostado a la escritura, a las palabras y a la literatura.

Esta antología es el resultado de un camino que recorrimos juntas, es una apuesta y una invitación que cada mujer le hace a usted, lectora, lectore, lector. Escribir no es fácil, ser escritora no es fácil, pero tal

vez lo más difícil de escribir es dejar las palabras ir, es dejar que esos textos que una vez solo tenía lugar en lo profundo de cada mente, vuelen y encuentren nuevos ojos y nuevos sentires, las mujeres que hacen parte de esta antología tomaron ese riesgo y ahora le presentan un pedacito de su alma a usted.

Sean bienvenidos todos los seres a este espacio textual juguetón y honesto, dulce y amargo; en el que mujeres de diferentes edades y múltiples oficios han dado sus primeros pasos en la escritura. Gocen de la multidimensionalidad de sus registros y temas. Y a ellas, sobre todo a ellas, les pido que no olviden que hay que abordar la escritura de frente sin importar donde y que estemos haciendo, aunque de miedo y la incertidumbre parezca un monstruo enorme. Recuerden que grandes poemas se han hecho en el baño.

POESÍA

Un poema es
como un lago,
cada verso
es una nenúfar
flotando.



Torna-Sol

~Gina Ardila

Hay recuerdos en mi vida
que se agarran a mi ser
unos con olores verdes,
morados, azules, amarillos,
rojos y tornasol.

Sobre todo olor tornasol,
que según el día, me abraza,
me odia, me besa, me hiera,
me asfixia y me ama.

Andares

~Amapola Velasco

De una pregunta a un vago recuerdo,
la imagen de una caricia,
la de mi madre,
de manos robustas
poseedoras de funesta fortaleza.
Me mira, me acaricia el rostro y la cabeza,
me impregna de melancolía y sutil ternura.

La valentía configurada en un cuerpo de mujer sabedora,
conflictuada consigo misma.
El silencio podría no decir mucho,
pero su silencio está cargado de melodías,
variables todas e incomprensibles algunas.

La vida de muchos caminos,
las posibilidades de algunos andares,
procurando caminar con cierta suavidad,
pero, muy al fondo,
la dureza de los pasos aporreados.

La vida que berrea, chilla y pide,
pide tanto, pero tanto, que cansa.
Lo entiendo,

a medias y a ratos,
pero lo intento,
porque compartimos lugares comunes,
porque si hay algo perdurable en el tiempo,
aunque este cambie,
 es la sangre,
 derramada y palpitante,
 que recorre nuestros cuerpos,
 agitada de felicidad o tristeza,
 contenida de río dulce y afectos
 como peces enquistados en lo interno.

El Corazón sigue latiendo,
sin importar su ritmo, bombea sangre,
 sangre caliente.

Y aunque el corazón se encuentre en el pecho, no se confundan,
porque con él se camina, en vaivén de pregunta, a ritmo singular y diver-
gente

[esto lo aprendí de ella, aunque quizás ella no se haya dado cuenta]

Ahora estoy segura de que no hay corazón más caliente,
latiendo con mayor intensidad y fuerza, que el de mi madre
afable,
querida
y siempre inolvidable.

A la Memoria Viva

~EntropÍA

Aromáticas y yerbateras
me hacen pensar en las abuelas.
Cultivos de manos cálidas y fuertes,
remedios ancestrales para acariciar
el alma.
Dolores que se alivian
con el dulzor del fruto de la tierra,
y del fruto del amor.
Manos que apaciguan y calientan,
manos robustas en su trabajo
y en su entrega.
Ancestros y ancestras entregados
a la tierra,
sembrados al recuerdo
para que habiten en el llanto de un tronco
y en la eternidad de una piedra.
Ancestros y ancestras
que suspiran ante el fuego,
que bailan con las flamas radiantes
al compás de la madera que cruje.
Oh, dulce aroma intempestivo,
siembra siempre fuego en el alma.

Flor

~Diana Socha Hernández

Septiembre de flor
que me habla con su color
Y la acepto mía.

Turbia, fría flor
En mis manos cálidas
Susurras amor

Miente, dice no
Y en mis manos muere, sin
Decirme adiós.

Recuerdos de la Abuela

~Cristina Delgado

Por la carretera destapada,
rumbo a la montaña,
se siente el olor a hierba fresca, a limoncillo tierno que
acompaña la tristeza
que dejan los recuerdos de la abuela.

Al fondo se ve la casa blanca de bahareque,
el corral, el horno y el jardín, que nunca falta.

Ya en la casa de la abuela,
me encuentro con su cuerpo,
rodeado de cuatro velas que difuminan el olor gris y el sabor
a cera que se mezcla con el olor a humedad de las paredes.

El cuarto, que aún huele a remedio,
ese que no pudo sostener
ni curar
a la abuela.

Devaneo nocturno

~Amapola Velasco

Al fondo,

en lo más profundo e íntimo,

escucho.

La habitación que estando sola nunca lo
ha estado.

He caminado intentando remover la arena, cambiarle de lugar,
con los pies cansados, las manos sucias, confundidas de humo, sudor y
viscosidad.

Mi rostro difuso con lo revuelto de mi cabello por la agresividad de la tormenta,

caminé errante, pidiéndole a mi cuerpo que soportara el frío acumulado por
tanto llover.

Llovió afuera, adentro, de arriba a arriba.

a abajo y de abajo

Envuelta en la humedad, brotada de grietas, apareció inminente; la precipitación, el derrumbe.

Mi cuerpo mutilado, derramado por todas partes, sangrando, pero aún con vida

y en el fondo, el repicar de la tambora en mi pecho de espiral, mi rosa de los vientos, marcando el camino en medio del desierto,
me acarició la travesía.

Una pregunta,
un tachón,
un dolor,
un suspiro,
un susurro,
un aliento,
un arrullo.

Me encontré,
tan desnuda que sentí miedo, cada cosa familiar se volvió desconocida,
las palabras no eran balsa, eran peso, en ningún ventanal ni espejo encontraba mi reflejo.
No servía ir al analista, cada intento era entorpecido por lo urgente del momento,
pero ahí estaban, tras la salida y al cerrar la puerta, el cúmulo de recuerdos.

Tanta sangre me enfermaba.
Caminaba,
caminaba,
caminaba,

caminaba sin caminar,

no encontraba mis partes

¡Estaba viva! pero agonizante.

La cabeza retumbaba, el estómago pululaba, me encogía, me alargaba;
creí enloquecer escuchando cómo mi cuerpo gritaba mi incapacidad de
gritar.

Tomaba cuerpos que veía en el camino, los acariciaba, los besaba —con
dulzura, con locura—

quería escucharlos cantar, verlos bailar,

saber de qué estaban hechos,

no decían nada,

aún no dicen nada.

Estoy cansada, ya no busco mis partes, ni esos cuerpos, ni las terquedades
del porqué.

El cuerpo está escrito;

soy un montón de palabras inconclusas,

una lágrima aferrada a este par de cuencos rebosantes,

vestidura única, calmante de sed y frío.

Tengo el alma enquistada de llanto convulsivo, sorpresivo, repleto de años
de dolor,

un laberinto incomprensible que esconde un arrume de cuerpos soterrados
en rincones,

como en el que ahora me escondo.

Memoria

~Amaranta

Eras una compañera.
Entre abrazos olor a leña
Me sentía en mi hogar.
Era muy fácil recordar

Las tardes en compañía,
Las dulces e intensas charlas
A mí vida
Daban alegría.

Luego fuiste mi amiga,
En las bicis recorrimos la ciudad
Las mariposas en mi barriga
Volaban sin piedad.

Recuerdo cada momento a tu lado,
El querer fue abonado
Entre estruendosas risas
Dulces besos y suaves caricias

Ya no había vuelta atrás,
Juntamos nuestros andares
Éramos un nosotras

Qué no paraba de sonar

Y aunque una quiere eternidad,
Al igual que la comida,

Todo tiene fecha de caducidad.

Y entonces

Tú compañía

Ya no es parte de mi vida

Sauce llorón

~Cristina Delgado

Tú,
Sauce llorón,
lastimé tu rama viva,
en tarde soleada
de emociones tristes y
cansancio total,
gracias por tanto
naturaleza rica,
luz verde viche

Camino

~Entropía

Caminante, no hay camino,

se hace camino al andar.

—Antonio Machado

Tantos viajes para quedarme sin palabras,
tantos caminos para un solo viaje.

¿Se puede sentir una idea? ¿Una
palabra?

¿se puede sentir la idea de un camino?

¿se puede sentir un camino?

¿o varios?

Al caminar,

las ideas y las palabras

no nos pertenecen,

son prestadas,

siempre.

Las compartimos con otros

cómo compartimos el viento.

Las arrojan, las regalan o las sueltan;

las siembran paso

tras

paso

o las disparan,

como flechas

y se polinizan,

florece o se marchitan

en el camino, en la palabra.

Tantos caminos para un solo viaje,

un mismo camino que es la vida,

que es la poesía.



LÚDICA

Jugar y escribir
son sinónimos.
Jugamos para
cambiar de
mundos,
y escribimos
para
transformar el
nuestro.

Peso

~Angie Velasco

Hoy me pesa ser Mujer.

Me pesan estos cólicos y este dolor de espalda.

Me pesa esta hinchazón en mi barriga y el no poder comer lo que quiero durante mi periodo.

Me pesa haber tenido varios bebés y tener mi útero caído.

Me pesa que mis hijxs me necesiten todo el tiempo y escuchar mil veces al día que me llaman.

Me pesa ser la que se queda en casa la mayoría del tiempo.

Me pesa sentirme tan mojada en estos días, verme manchada cada tres o cuatro horas.

Me pesa lavar y lavar torres de losa sin final.

Me pesa seguir trabajando y no poder reposar, porque de algo hay que vivir.

Me pesa el no bañarme porque entrar a la ducha son charcos de sangre, toallas de baño manchadas, ropa manchada solo al intentar ponérmela.

Me pesa no tener más dinero para comprar unas toallas ecológicas nuevas y más eficientes.

Me pesa no tener independencia económica y no poder comprar lo que deseo.

Me pesa ser Mujer. Me pesa ser Madre. Me pesa.

Carta a Thomitas

~Diana Socha Hernández

Bogotá, 13 de octubre de 2022

Amado Thomitas:

Tenía claro, después de que nació tu hermano, que no tendría más hijos. Lo hablamos con tu papá muchas veces. No había sufrido durante el embarazo, tampoco cuando él llegó a nuestras vidas, pero éramos conscientes de la responsabilidad del cuidado, la educación y el tiempo que requería compartir momentos con esa diminuta vida.

Olvidemos las noches sin dormir, los cambios que sufrió mi cuerpo, la compra de pañales, ropa y todas las cosas que se necesitan para que la vida de ese diminuto ser fuera cómoda y feliz. Olvidemos el tiempo que debía dedicar al estudio, ir a clases, cumplir con trabajos y lactar, cambiar pañales, aprender rondas y cantarlas de memoria, comprar un libro de Franklin la tortuga cada vez que le pagaban a tu papá. No perderme ni un segundo de sus avances: gatear, caminar, correr, hablar, leer, escribir. Lidiar, además, con el arreglo de la casa, cocinar, salir a los horribles parques, solo por ver a tu hermano sonreír mientras bajaba el rodadero o corría por todos lados.

Cuando por fin conseguí trabajo, lloré dejando a tu hermano en los brazos de una mujer que hacía pocos días había conocido. Dejarle a cargo la vida que yo había cuidado con esmero durante dos años sin separarme ni un segundo de él.

No, mi amor, yo no quería repetir nada de esto, y sabía que, si llegaba otro pequeñito a mi vida, tendría que repetir, sin duda, todo.

Una mañana, tú papá me dijo: "Te acompaño al médico, yo sé que estamos embarazados". Yo me negaba a confirmarlo. Siempre he sido irregular con mi periodo y unas pocas semanas atrás habían solicitado junta de médicos para aprobarme la pomeroy; no podía hacerme a la idea que estabas creciendo en mi panza hace tres semanas.

Tu hermano nos había rogado que tuviéramos otro bebé. Hablamos hasta con el psicólogo del colegio para que lo convenciera de desistir, pero nadie lo hizo entrar en razón. Fuimos a Profamilia los tres (los cuatro). El resultado fue positivo. Tú hermano estaba feliz, tu papá resignado y yo... Yo estaba triste.

Sabes que lloré todo el embarazo, me enfermé mucho y en silencio pensaba que no iba a poder. Que no sería buena madre, que me ibas a odiar porque no quería volver a empezar. Perdóname por eso.

Cuando naciste, mi vida fue mucho mejor de lo que era antes. Mis miedos, poco a poco, fueron desapareciendo. Las rutinas eran más prácticas con menos miedo. La situación económica también era mejor, así que tuviste muchos privilegios que a tu hermano le fueron negados. Nuestra familia fue mucho más fuerte y, entre tu hermano y tu papá, siempre tuve un apoyo para tu educación y recreación.

Tú nos cambiaste la vida a todos y jamás seríamos lo que somos si no hubieras nacido.

No sé si soy buena madre o mala, solo sé que hago mi mejor esfuerzo para que este paso de ustedes por este mundo sea más agradable, entendible y que sepan que son lo que más amo en el mundo.

Me divierto a tu lado y me encanta estar contigo cada vez que me pides que esté cerca de ti.

Gracias Thomitas, por llegar a mi vida.

Observación

~Jazmín Andrea.

Días de infancia en el campo. Existencia entre el calor de la cocina de leña y el clima.

Calor en el pecho, calma, decirle una grosería a mamá. Frío, frío de ciudad; vacío, inexistencia, oscuridad, escuela, adultos aburridos.

Desdenes causados por la soledad, prolifera el frío, producen imaginarios nocturnos, que parecen externos, que atacan.

Adultos aburridos, libros de mamá. Tienen muchas palabras. Escribo y regresa algo del calor, quiero soplarle, escribo letras bonitas. Trazo la noche, uso color negro, la profesora se asusta, el niño que me agrada mucho entendió y sonríe, entiende mi noche, más calor.

Adolescencia de luz – oscuridad

Frío – calor

Existencia – inexistencia.

Se alumbra la oscuridad de desdenes pasados, los batallo. El hielo se derrite y sale acuoso, resbala por mis mejillas ¡Puedo hacer mi calor!

Entre aprendizajes y conocimientos siento no tener límites, soy yo y mi fuego.

De mi matriz hacia mi pecho viene un fueguito, viene de esos con cachetes rosados. Sus gritos me advirtieron que jamás me congelaría. Mi mente y luego mi matriz gestan de nuevo. Él espera un niño, yo pienso desde el primer mes un nombre cuya traducción es "Leona" y pienso que pariré como mi abuela Lucrecia, así es, de cuclillas recibo otra fuerte llama.

Soplo mis dos llamitas encendidas, siento su fuerza vital. Este calor del amor del cuidado carboniza ciertas costumbres.

El compañero que calentó mi corazón y mis entrañas se torna helado como un tronco húmedo que sale de la hoguera, adiós.

El viento agita las llamaradas de mi ser, me escondo a ratos en aquél fogón, taciturna, lo sopló con suavidad y con pasión, muevo las cenizas, dejando arder.

Aquí estoy con mi pulso y letra, lo escrito que me eleva como radiantes chispas en la noche y me aterriza con cálidas y palpitantes raíces.

Gracias a los amores y bajones, todo me enciende.

Eli y las pendejadas

~Carina Romero

En otros respirares menos reflexivos y más automáticos, Eli pensaba que había que llegar rápido y de primeras. Era gracioso, porque ella venía de un planeta de seres sosegados y tranquilos, pero cuando era niña, Eli fue matriculada en un colegio gigantesco, lleno de muchísimas chinas chiquitas como ella. ¡Juemadre!, pobrecita, si a ella lo que le gustaba era estar en grupos pequeñitos como el de su jardín infantil.

Hoy, una Eli mucho más grande, recuerda que, en la universidad, era odiosa y mezquina con Andy. Se burló pesadamente de ella por pronunciar “Freud” en vez de “Froid” en una exposición y así de más compañeras que, al tiempo, se burlaban de ella por su forma de vestir. Por muchos años creyó que estaba bien burlarse de las otras y que estas se burlaran de lo que Eli consideraba sus ridiculeces.

En esa época, (y a veces todavía) Eli pensaba que la gente solo valía por su inteligencia o buen uso de la ortografía y se empeñaba en corregir a todo el que tuviera fallas ortográficas, incluso a su crush de adolescencia, quien le escribió que era una correctora y le dejó de hablar. Al espantar al que creía podía ser el amor de su vida (Risas), dejó de corregir a las personas, se prometió no volver a hacer ese tipo de pendejadas (a veces recae, risas).

Estudio de pintura

~llichtrna

INT/ DÍA. ESTUDIO DE PINTURA

Un grupo de mujeres **está** reunido en un salón de pintura para realizar el dibujo de una modelo desnuda. María le pregunta a Luisa.

María

Oye, ¿tienes amarillo?

Luisa

Mi mamá no me deja prestar los
colores

Al fondo, dos chicas, Betty y Blue las escuchan y cuchichean entre ellas.

Blue

¿Viste a la babosa de Luisa? no
le presta el amarillo a María

Betty

Sí, esa vieja siempre ha sido
así, ¡Egoísta!

Rosa las escucha y a su vez comenta.

Rosa

Ah, pero que bobada, ni que fue-
ra de oro

Mientras tanto la modelo, parada en el
podio al centro de la habitación, se
mueve inquieta y piensa.

Modelo (voz en off)

¿Será que ya casi terminan?
¡Tengo hambre!

Detrás de Luisa, Francia y Roma comen-
tan.

Francia

Creo que me quedó igualita

Roma

Pues a mí me parece que le falta
amarillo

Francia

Pero paila, solo Luisa tiene y
no lo presta

Daniela tiene la mirada perdida, está
concentrada en su propia imagen con
una expresión triste por la falta de
amarillo.

Todo termina cuando Arritokieta le dice
a la modelo.

Arritokieta

¡Hola! ¡Quédese quieta!

Juana, en el extremo opuesto asiente.

Juana

Yo ni pude empezar a pintar de
tanta movadera suya.

Caída fortuita

~Luna Martínez

INT/DÍA. SALA DE LA CASA.

VERMONT observa la habitación, está pobremente iluminada por las cortinas entrecerradas.

La puerta se abre con lentitud, pies descalzos se arrastran camino a la ventana. Vermont recorre con la mirada a la mujer que entra, desde los pies hasta sus ojos cristalizados.

LUCÍA toma asiento dando la espalda a Vermont.

Vermont

La esperé toda la mañana.

Lucia

La clase de coro se ha extendido.

Vermont

¿Podría al menos permitirme verle el rostro?

Lucia mira a Vermont por un instante y vuelve a mirar a la ventana.

Lucia

Preferiría pintar en silencio.

Vermont

Preferiría, entonces, que me hiciera un retrato.

Lucia se levanta torpemente, golpea la esquina del marco de la ventana, que golpea la biblioteca. La biblioteca se sacude con fuerza, los libros y decoraciones comienzan a caer y golpean en la cabeza a Vermont.

Lucia grita y se apresura a acercarse. Se escucha el ruido de la cerámica al fragmentarse contra el suelo.

Lucia se arrodilla, toma en sus manos el rostro de Vermont y susurra.

Lucia

Será, entonces, un retrato, querido.

PROSA

Escribir es darse
cuenta,
que escribimos
relatos a varias
manos.



Atrás

~Angie Velasco

Sueño despierta, viendo esos fríos edificios desde afuera.

Entro y encuentro lo que busco en ese espacio donde, entre pinturas, materiales, sentimientos y deseos, es permitido volver.

Pero, ese sueño, de volver a desprenderme de la realidad para crear mis mundos de colores y texturas; volver a ser una individuo sin más preocupación que crear, dibujar y soñar es, ahora, inalcanzable.

Inalcanzable por esa estructura que, sobre mí, me encarcela y no me permite ir más allá, me ata a una sola posición que no quiero soportar.

Quisiera ser una planta para, libremente, buscar la luz y que mis raíces encuentren donde enredar todos estos pensamientos y sentires.

Quisiera volver atrás.

TE-NOS-ME

~Luna Martínez

Rodeada de ninfas, enfrascadas en una conversación femenina, cotidiana y erótica me veo tentada a hacer memoria para llegar a mí, todo dentro de mí y fuera de mí. El desespero y las ansias de probar-te, probar-nos, probar-me.

El lugar poco importa. Mis ojos, que se mantienen cerrados, en blanco o enfocados en tus labios poco permiten que me fijé en la hora del día o la mancha en la sábana blanca.

Es descubrirme en la humedad y permitirme mojar más, regar cada mirada, silencio, mordida y herida. Sujetos aferrados, viajando al ritmo dispar que marcan mis caderas, aquellas que tienen vida propia, ellas que te reclaman, te atrapan.

Gozar lo nuevo, el detalle microscópico de sentirme tan llena, complementada, algunas veces saciada. Respirar y ahogarse, aruñar y rasgar las sensaciones que se acumulan en toda tu sexualidad, en todo tu cuerpo.

La complicidad de entender la necesidad propia y ajena. Tan brusco y lascivo, con sabor a vino, sabor a cariño. El sabor en punta, que se extiende, se riega en mi pecho, que cuál "anguila" [entiéndase como se quiera entender] empapa de electricidad mi espíritu, nuestro momento, tu bolero.

Primavera

~Nathalia Gomez

Capítulo I

La semilla

Que noche celestial. La brisa parecía danzar con esas débiles hebras de cabello como las hojas secas en las corrientes de aire; las ramas aplaudían celebrando lo acontecido, conmovidas por el efecto del viento, llenas de excitación. Los astros admiraban la escena sin siquiera sentirse; la luna parecía caer del cielo, como queriendo hacer parte del cortejo, a punto de salir expulsada. Los harapos fueron quedando en el monte, uno a uno con el mayor cuidado, evitando el roce excesivo que podría llegar a causar daño ¡vaya creencia inocente! Y cuando ya no quedaban más capas por quitar, se miraron entre sí mientras las manos perseguían el caminito recorrido por los ojos. Cada milímetro sin la menor timidez o vergüenza, como debe ser todo acto que materialice el amor.

Allí permanecieron hasta que lograron volver en sí, como seres independientes. Ninguno fue capaz de emitir conjeturas sobre el júbilo efímero; todo parecía indicar que aquello no hubiese ocurrido nunca. Se incorporaron y fueron recogiendo sus ropas, abandonadas a lo largo de la trocha.

De un brinco, la muchacha entró por la ventana, cayó sobre el catre, y se acurrucó, sin pensar en nada, absorta, fosilizada en el tiempo.

Esa fue la última noche de Rodrigo en aquel desprestigiado pueblo. La demanda de café para el exterior era exorbitante, la paga mísera, pero tenía que ir a cafetear si es que quería sobrevivir.

Capítulo II

El rocío

Parecía una desgracia, el acabose... una predestinación. Así, sin más, fue como una patada, ni siquiera en el estómago, más bien en la nariz, de esos golpes que solo sabe dar la vida mientras estalla en una insoportable carcajada.

¿Qué podría ser peor que aquello? La señal femenina universal no venía y Olivia sabía exactamente la razón de su emigración. Ni siquiera sabía dónde se encontraba el artifice de su desgracia, desgracia de la que, sin duda alguna, ella era cómplice. Con el mayor de los deseos había maquinado su propio fin.

Su vientre se hinchaba, tanto que ya hasta se tornaba estorboso en sus labores del campo, desde arar la tierra hasta cargar las ollas con la mazamorra. No quería pensar en que la descubrieran, ¿Qué pensarían sus taitas, los compadres, sus hermanos? ¿Cómo expulsarlo de sus entrañas si, en ocasiones, hasta lo quería? En las noches sobaba su vientre con desgano, incapaz de conspirar contra su existencia. Ya ni siquiera descansaba, permanecía turbada en el catre hasta el amanecer, pérdida en el espiral de emociones que amenazaban con espantar su cordura.

Capítulo III

El brote

Su vientre se hacía más grande con el pasar de las semanas, casi era evidente para todos, pero no podía permitir que alguien conociera de la existencia de su criatura, por lo que, sin importar las oleadas de calor infernal que azotaban la región, Olivia usaba varias capas de ropa: dos faldas, un esqueleto, un camisón, un saco tejido y un delantal para la cocina heredado por más de tres generaciones. A veces tomaba varios chiros viejos y los cosía a mano, intentando imitar un pretal de los que usaban los hombres para cargar los bultos de tabaco y se lo apretaba con fuerza, casi hasta sentir dolor —prefería aquello a ser señalada como una pecadora como una desgracia para la familia Sandoval.

La hora del almuerzo siempre era difícil, el sol se encontraba en su punto más alto, calentando excesivamente el tejado, la llama que prendía la leña ya tenía un tamaño considerable y las ollas comenzaban a hervir, hasta la consciencia le sudaba.

Uno de esos días, luego de terminar con las labores de la cocina y los cultivos, Olivia, agotada de bregar desde el cantar del gallo en la madrugada, consideró justo un baño, caminó hasta el pozo con los pies desnudos —ya ningunas chocatos le quedaban buenas— retiró el pretal y todo lo demás y, sintiéndose libre, comenzó el más placentero ritual. Tomaba de a pocos el agua del pozo, agua fresca, limpia, apaciguadora, y la vertía lentamente queriendo retener por un instante esa calma, ese amor que sentía por su pequeño bebe que emitía pruebas de vida desde su interior, queriendo ex-

presar, a la vez, el más profundo amor por ella. Cuando terminó, se sentó en una roca, aún desnuda, para percibir el viento que venía desde la loma, se preguntó una vez más ¿qué haría cuándo su hijo naciese? ¿cómo lo ocultaría? Sólo pudo pensar en huir a cualquier otro lugar, hasta el infierno podría ser apropiado, todo menos esta finca y está condenada familia.

Capítulo IV

El retoño

La fecha del nacimiento se acercaba.

Bernabé daba señales claras de llegar a este mundo.

Olivia siguió su instinto y alistó en una vieja tula sus mejores vestiduras, aun cuando ya ni siquiera subían por sus caderas, empacó algunos zapatos y solo un par de calzones desgastados por los años y las continuas posturas. Metió la tula debajo del catre justo detrás de la caja de herramientas oxidada que don Pacho había dejado ahí arrumadas quién sabe desde hace cuánto y se fue a trabajar.

En la cocina, preparó la gallina. Hirvió agua, la metió de cabeza en las burbujas, la dejó unos segundos, la sacó y de a poco, evitando quemar sus dedos, quitó las plumas del animal. Desgranó las arvejas, picó las habichuelas, peló las papas, tomó algo de sal, y sorbió algo del caldo, tenía buen sabor, un poco más de sal y estaría listo.

Tomó varias tazas, algunas cucharas, se cargó la olla en la cabeza, sosteniéndola con una mano y llevando la loza con la otra. Subiendo por la loma sentía que no lograría llegar al cultivo, la sopa se meneaba de lado a lado haciéndola perder el equilibrio y Bernabé, travieso e inquieto, pateaba con fundamento. Su taita la vio y levantó el brazo pidiéndole que se apurara. Como pudo descargó la incómoda carga en el potrero y empezó a servir a cada obrero una buena taza de la succulenta preparación. Todos repitieron, y no por su buen sabor, el hambre acosaba y la jornada era agotadora.

Mientras recogía los platos, escuchó a uno de los campesinos hablar de Rodrigo. Su corazón pareció implosionar, un escalofrío recorrió su cuerpo, un cosquilleo desestabilizador que se quedó turbado en sus piernas, creyó caer al suelo, era tal que prefería cargar al menos tres de esas ollas repletas antes que experimentar aquel sismo interior. Bernabé contribuyó también, parecía correr.

Al parecer Rodrigo volvería de la tierra del café. Si es que era así podrían casarse, tener una familia, podrían quererse.

Capítulo V

Florescencia

Aquella mañana Olivia se despertó como de costumbre, sin esperar siquiera el canto del gallo. Miró fijo el techo de la desecha casucha, recordando, pensando en su adorado amante, en el timbre de su voz, la delicada sensación

de esa piel, en su acertado modo de hablar, en esa sonrisa engañosa, en el amor que no tuvo tiempo de profesar.

Se sentó en una esquina del catre a ver por la ventana el lento amanecer, a contemplar ese precioso color naranja que llenaba la tierra de color. Bernabé no quería moverse hoy, tal vez tendría hambre, o solo quería asustar a su madre. Olivia acarició su vientre, como pidiendo al pequeño que se manifestará; un punzante dolor recorrió su cadera, la mujer se sintió morir, cayó al suelo, asustada, tiesa, pálida. Como pudo se puso de pie. Ya incorporada, el dolor regresó lanzándola de golpe al suelo, esta vez ya no logró levantarse. Se quedó allí dopada por aquel vía crucis.

En la cocina no entraba ni el viento, los tiestos permanecían intactos, la leña aún húmeda y el hambre comenzaba a arañar. Olivia no prepararía el caldo de papas y el chocolate caliente esta mañana, quizá ninguna otra.

La doña de la casa fue a buscarla. En lugar de preocuparse por su estado, la bendita madre se quedó un minuto contemplando la confusa escena. Emitió un desesperado chillido, agudizando el dolor de la muchacha en el suelo, preguntando al Santísimo el porqué de su desgracia, los hermanos y el padre se acercaron a confirmar los hechos; era cierto, Olivia había manchado a la familia, había probado del fruto prohibido con una prueba viva entre sus piernas.

Nadie quiso auxiliarla, sólo escuchaba continuas expresiones de profanación, de vergüenza, de odio, de asco. Las mujeres se tomaban la cabeza, los hombres llevaban sus manos hasta el cinturón, justo a el mango de la peinilla. Por fin, don Pacho se atrevió a preguntar sin rodeos ni palabras

diplomáticas ¿quién fue el malparido que le hizo eso? Olivia no diría nada, sabía exactamente lo que le ocurriría a su compañero nocturno, a su cómplice, de seguro ambos irían al infierno, pero no así, no a manos de su padre.

Capítulo VI

El capullo

Sobre el medio día, Bernabé seguía bregando, no lograba llegar al mundo. Olivia ya estaba agotada, la fuerza le duraba poco y cuando pensaba que no podría ser peor una nueva pulsada atacaba su débil cuerpo con la intensidad de una avalancha en invierno, no quería seguir con este castigo, esperaba la muerte, sola, en el suelo.

La señora de casa, doña Socorro, no podía dejar de pensar en su muchacha, estaba decidida a encontrar la manera de aliviar su carga, era madre de 14 pelaos, conocía el laberinto del dolor mejor que cualquiera. Tomó varios chiros, llevó un balde con agua tibia y un manojo de retazos para poner bajo la nuca de Olivia. Al verla, ya sin aliento, con la mirada perdida, se acurrucó a su lado y acarició compasivamente su frente. Permanecieron juntas por largo rato, tomadas de la mano, agarradas del alma.

Don Pacho le prohibió a la señora Socorro acompañar a la sinvergüenza, la cogió del cabello y la sacó a rastras del cuarto, pero ella no se rendía. Se asomaba de vez en vez a revisarla. La única manera de ir a su rescate era conocer la identidad del padre; desde la ventana le pidió en voz bajita:

—Mija, díganos quién fue, si no me dice su taita no me va dejar ayudarla, le va a tocar bregar sola.

Olivia lo pensó, la señora sabía de qué estaba hablando, con 14 partos alguna cura debía conocer. Un silencio escalofriante rodeó el recinto. Al fin Olivia, entre dientes, pronunció el nombre del culpable. Don Pacho debía saberlo.

Capítulo VII

Polinización

Los hombres de la familia Sandoval prepararon las armas, las peinillas en el cinturón, las palabras más vulgares y el poderío característico de los hombres de la región, ningunos cualesquiera. Una vez preparados fueron en busca del profesado difunto.

Rodrigo, ignorante, cual borrego mascando hierba en el monte mientras el lobo silencioso, oscuro, malicioso, amigo del viento, maquinaba su fin. Pidió una hipinto, se sentó en la entrada de la tiendita, con la camiseta colgada descuidadamente en el hombro. Rumores corrían por la plaza. El tendero comentó con su mujer mientras Rodrigo escuchaba atentamente para hablar de ello también con sus compadres: los Sandoval iban en busca del malhechor que perjudicó a la menor de sus integrantes, dizque a Olivia.

Rodrigo no era estúpido, sabía que se trataba de él. En menos de un minuto se había convertido en padre y en alma en pena. La gaseosa se le atasco en el gaznate, no podía ni carraspear, menos toser. Pensó en huir, pero de seguro lo encontrarían —todo se sabía en ese puto pueblo— o aún peor, ha-

rían que su encantadora dama debelara su identidad usando todo tipo de penosas artimañas. Como sea debía irse, decidió que no iría al caldero gocho y menos por los dulces deseos de la carne. Arrastro los pies en busca de las chancas y empezó a caminar mientras se ponía la camiseta.

Tomó rumbo por la principal, la única vía intermunicipal de la zona. Ese día no transitaba ni un solo carro, no se veían arrieros o caminantes, estaba solo. De repente, alguien entre la maleza gritó su nombre, acompañado con sutiles palabras insultantes, palabras que ni siquiera pudieran caber en este cuento rural. De inmediato Rodrigo supo que lo habían encontrado, que la muerte lo acechaba desde el día en que Olivia se entregó a él y él, sin poder resistirse, la recibió con los brazos, el corazón y las piernas abiertas, ¿cómo podría decirle que no? Si la conocía desde siempre, tanto que lograba controlar su mente con solo interponerse en el camino de su mirar, con rozar su brazo o musitar una palabra en medio del silencio perpetuo de la montaña. Olivia era su mujer, su pensar, su amor inocente, claro, hasta la noche que dio inicio a este humilde relato.

La voz le reclamaba bruscamente, preguntaba si deseaba perjudicar a la bien cuidada joven, a lo que internamente Rodrigo, entregado al caos y al circo de la muerte, respondía con desasosiego:

—¡Sí! Quería perjudicarla, quería amarla hasta el más ínfimo tejido, hasta atrapar su alma y besarla con tal desespero que Olivia le permitiría vivir indefinidamente dentro de ella.

Sonó un cañón y una bala pasó muy cerca de su oreja derecha, Rodrigo se acurruco perplejo, puso las manos en las orejas mirando hacia el suelo y

esperó a que los proyectiles rasgaran su cuerpo, llevándolo al fin a la diestra de Satán. En menos tiempo del que se pudiera imaginar, Rodrigo se despidió de este mundo, dejó atrás esta oportunidad fugaz de vivir, se burló de sí mismo y, por último, suplico a su Dios que se apiadara de su alma. Rodrigo dejó de existir ese día, dejó de sufrir, de esperar, de amar.

Capítulo VIII

La fruta dulce

Olivia jamás pensó este final fatal, ella ni siquiera pensó. Para el momento de la muerte de Rodrigo, ella sufría el dolor más espeluznante, el surco de sus venas era evidente, tenía el cabello y la frente cubiertas de sudor, su linda falda blanca se volvió desgraciadamente roja. Según el dictamen de la señora Socorro, “Bernabe era un chino muy grande y las caderas de su hija demasiado pequeñas”. Para rematar, Olivia no hacía la fuerza necesaria para sacarlo de su cuerpo. Se sentía agotada, tomada de las patas oxidadas del catre, ese que la acompañó cada noche como el compañero más silencioso, ahora parecía aplacar sus padecimientos. La doña, desesperada por los continuos esfuerzos fallidos, metió ambas manos en la cavidad supraterrrenal de la joven, luego de haber limpiado el galpón lleno de mierda de las gallinas, y comenzó a jalar a la criatura hacia la vida. Para ese momento Olivia dejó de luchar, el dolor dopó su mente, los pensamientos tormentosos, los deseos de morir.

Se separó del mundo de a poco. Una confusa alegría se adueñó de ella, siempre quiso irse, apartarse de ese puñado de seres que la humillaron, golpea-

ron, insultaron, odiaron. Pero ¿Qué sería de su niño? el fruto que maduro en su interior ¿Qué clase de existencia terrible le esperaba? Al menos era un varón. ¿Dónde estaría Rodrigo? ¿Será que la espera? ¿Pensaba en ella? no podría saberlo. Algo era cierto, la señora Socorro, a pesar de su crueldad e inexistente sensibilidad, había hecho el sacrificio físico más inhóspito, la parió y vivió junto a ella hasta el último instante. Que pena que se encontró tan entregada al nacimiento, que no pudo responder a su débil despedida.

Hamburguesas y bizcochos

~Luna Díaz

Siento cosquillas en las yemas de los dedos. Amar a las mujeres, desearlas, es de lo más rico en mi vida. Esta es la historia del primer encuentro con ella, en la terraza de Estación Occidente, un domingo soleado de pandemia, de esos en los que apenas se podía volver a salir después del encierro. Mentiría si dijera que recuerdo aromas, a veces la rinitis me impide conectar con uno de mis sentidos favoritos, aún así, sostengo que me enamoro por la nariz, por el olor.

Llegué primero. Me senté, muerta de miedo, en las sillitas del restaurante. Ella llegó sonriente, impetuosa... nerviosa. Nos abrazamos fuerte, nos sentamos y la escuché, me contó historias de su viaje a Estados Unidos y a Cuba con una de sus ex. Sus cuentos estaban llenos de teatro callejero y música. Tengo algunos años más que ella pero me sentía de tres, como una niña que necesitaba dejarse llevar y que pudo abrir su corazón lanzándose al vacío con inexplicable confianza.

Comimos hamburguesas, rico para el hambre y para los nervios. En nuestras múltiples conversaciones antes de conocernos en persona le había contado que el horrible virus me derretía de pánico y, aun así, no sé por qué elegimos algo que se comía con las manos. En fin, ya con los platos en la mesa, con su presencia y mi colección de temores, solo pude conmovirme hasta las lágrimas por tenerla enfrente. Era tan linda, tan atractiva...las lágrimas seguían saliendo, ella respondió con un consuelo dulce, fuerte y sexy. Yo solo podía dejarme querer.

Los lugares que una ama son convencionales pero especiales y uno de mis favoritos es la Estación Occidente. Tranquila, muy despejada, con muchos árboles, y recuerdos bonitos, fue por allí que caminamos porque en el restaurante me sentía encerrada y atemorizada, ¿de qué?, todavía no lo sé. Aun así, y aunque no parezca, confirmé que soy valiente cuando de seguir el corazón se trata y que me gusta la adrenalina [risas]. Pero en valentía, ella me lleva años, por no decir décadas. A esa cita fueron todos mis miedos juntos, ahora que lo pienso no sé cómo logré llevarlos hasta Estación Occidente.

Ese día salimos a caminar mis miedos, ella y yo. Llegamos a mi pastelería favorita, de ese trayecto recuerdo cómo nos mirábamos, reíamos y nos sentíamos profundamente bien en compañía de la otra. Bajo un cielo dominguero muy azul, ya sentadas en el pasto, compartimos una torta de chocolate que no recuerdo, el sabor del momento lo eclipsaba todo, quizás nunca se vaya de mi boca. Ya no sé si después comimos uno o dos bizcochos, lo que sí sé, es que ella, sin duda, es una bizcochita, durita y a la vez esponjosa, de los amores más deliciosos que he probado, que he abrazado. Y entonces, dejo de sostener que me enamoro por el olor, de ella me enamoré por el sabor.

Amé

~Amaranta

Entre cada bocanada de humo del cigarro, cada sorbo de café oscuro y la música, llegas tú a mi pensamiento. Llegas tan libre e impulsiva. Invadiéndome_. Cierro mis ojos para poder apreciarte, no puedo evitar la mini sonrisa que se me hace. Empiezo a divagar.

Recuerdo el primer día que hablamos. Tú iniciaste la conversación, se te da muy bien romper el hielo —yo siempre he sido mala para hacerlo. Recuerdo exactamente las palabras:

- ¿Qué tipo de bici tienes?

Agradecí llevar mi casco ese día y no haberlo dejado con la bici. Ahí empezó nuestra historia.

Pasaron varios días, varias charlas, hasta que decidimos vernos fuera de los espacios de clases. De hecho fuiste tú quien tomó la iniciativa, yo solo accedí. Tuvimos nuestra primera cita, juntas en bici por la ciudad.

Desde el principio te mostraste tal cual como eres: impulsiva, arriesgada, apasionada, alegre, de carácter fuerte, decidida, una mujer sin límites. Supe desde el principio que lo nuestro sería una complicidad y nada más que eso.

Pasó el tiempo y me gustó tu honestidad. No querías “algo serio” y yo sabía que no podría lidiar con todo el fuego que eres tú, pero las cosas siguieron

su rumbo. La universa hacía de las tuyas, nos ponía siempre en el mismo camino.

Pasaron semanas antes de nuestro primer beso. Siempre tomaste la iniciativa en todo, las charlas, las citas, las visitas sorpresa, las llamadas, los planes, ¡todo! Sin embargo, fui yo quien se lanzó a dar el primer beso ¡claro! con un par de cervezas en la cabeza, pero lo amé. Amé tener la valentía de tomar tu rostro y unir nuestras bocas, amé sentir nuestra risa nerviosa al finalizar ese beso, amé sentir tu mirada en mis labios, amé que después vinieron muchos besos más. Amé ser invitada a tu casa, poder conocer tus facetas, escucharte cantar, verte tocar tus instrumentos y hablar apasionadamente de la música. Amé quedarme aquella noche en tu casa en la que pude tenerte. Amé como toda la noche nuestra complicidad se unificó, nuestras cuerpos se unieron y desnudas afirmamos un amor puro. Verte encima mío, debajo de mí, en medio de mis piernas, lamiendo mi vulva, ver tu rostro lleno de satisfacción, escuchar tus gemidos, besarte, tocarte, lamerme, explorarte con mis dedos y lengua, sentirte húmeda, sentirte caliente, llegar juntas al orgasmo, contemplarnos, palparnos, vivirnos, habitarnos, saborearnos, sabernos juntas, abrazarnos y terminar arrunchadas, plenas.

Amé tu impulsividad, la amé tanto porque me llevó a moverme por ti. Amé que, en medio de todo, tu voz arrulló mis inseguridades y por una noche todo se sintió bien, amé que después de esa noche siguiéramos conspirando.

Y Amé,

poder amarte.

Volteretas

~lichtna

Íbamos de la mano, Ángel y yo. Él con su pelito negro largo, barba y gafas de marco grueso. Tenía la camisa gris que trajo mi mamá de la india, vaporosa y con botones de sándalo; yo llevaba uno de esos repollos de encajes que odiaba por su estilo tan de niña con borlas y ribetes, lo mejor de ese vestido era la pantaloneta que mi abuela me hacía poner debajo.

Llegamos a la casa de la tía, de ancho antejardín y ventanas con marcos de madera y grandes remaches de hierro —yo la llamaría de estilo victoriano por mucho tiempo, hasta que en West Hoztly supe que era más bien clásica de barrio clase media.

El interior era oscuro y las habitaciones un poco desoladas. Arriba, en el cuarto principal, estaban la tía y un montón de niños jugando a saltar en una cama king size.

Yo llegué, con mis botes recién aprendidos, y claro que era loco hacer eso con el vestido azul de encajes y borlas.

Fue la tía quien me ayudó a quitármelo toteada de la risa.

Todas ellas —la tía, sus hijas y alguna otra mujer desconocida— fumaban y bebían algo que hoy llamo whisky mientras cuidaban que nadie se cayera de la cama y que respetarían los turnos.

Hacíamos nuestras presentaciones de malabares de uno en uno y como éramos cinco o seis, pues había un buen rato de espera.

En la fila, un niño, probablemente otro hijo de la amiga de la prima, estaba delante de mi tocándose las orejas; yo lo miraba extasiada, sin siquiera pensar en tocar las mías. Me dijo que era estupendo y me inspiró, cual maiz pira, a tocarlas. Eran suaves, un poco peluditas, carnudas, la sensación en la punta de los dedos era vibrante, maravillosa. El tacto se despertó ese día; sentir cada superficie con las yemas de los dedos era algo que podía sentir en todo el cuerpo. El frío fluido de la jarra, la porcelana de alguna bailarina sobre la mesita Luis XV. Perseguir las formas de esos muebles y luego un propio cuerpo, sentir bajo la camisilla la vida del pezón, como la sangre corría a todo mi cuerpo. Alcance a quedar en trance por un momento. La más placentera de las sensaciones, jamás recorrida, jamás vista, sentida, palpada con la punta de los dedos, pellizcada en breve. Erecto el punto de partida.

De repente, el grito:

—¡Niña, eso no se hace!

Demasiado tarde.

Ese día supe que mi cuerpo es mío y puedo amarlo.



ISBN: 978-628-95606-9-5

una publicación de:

 casa de la mujer